Capítulo 14

Historia de los dominicos en Guadalupe y Haití

MANUEL RIVERO, O.P.*

El filósofo español Ortega y Gasset llamaba al historiador “un profeta al revés”, ya que el profeta anuncia la voluntad de Dios para el presente y para el futuro, mientras que el historiador anuncia el pasado que ilumina los caminos del presente y del futuro. Si el historiador investiga en las huellas del pasado no lo hace para ir atrás sino para avanzar con las enseñanzas de la experiencia de los tiempos.

El padre Marie-Joseph Lagrange, fundador de la Escuela bíblica de Jerusalén, decía que “la historia se hace con documentos y con monumentos”. Para redactar este estudio he utilizado libros, artículos y archivos de Haití y de Guadalupe. Los monumentos son escasos. En Guadalupe quedan algunos vestigios materiales de los conventos y parroquias de los Dominicos. En Haití, prácticamente nada. Esta breve investigación no tiene la pretensión de ser exhaustiva; mi deseo es incitar a otros historiadores a ir más lejos con nuevos estudios y nuevas consultas de archivos.

La aventura apostólica de los frailes dominicos en las Antillas y en el Caribe puede facilitar e impulsar la aventura apostólica de los

* Profesor de Teología en diferentes instituciones y se ha desempeñado como síndico provincial y promotor de nuevos aspirantes en la provincia dominicana de Tolouse.

dominicos que celebran su octavo centenario de fundación. Algunos ven en las órdenes veteranas algo pasado y desfasado, prefiriendo la innovación de las comunidades religiosas recientes. En realidad, la experiencia humana juega un papel multiplicador cuando los hechos engendran sabiduría para no repetir los mismos errores que los antepasados y para imitarles en sus éxitos.

La historia demuestra que Dios rejuvenece a la humanidad un doble movimiento de la memoria del pasado con sus maravillas de la gracia y del impulso hacia delante en los nuevos caminos abiertos por el Espíritu Santo.

En este estudio voy a presentar de manera cronológica y conjunta la historia de los dominicos en Haití y en la isla de Guadalupe. Los frailes han ido muy lejos en la fe misionera afrontando persecuciones, contradicciones y sufrimientos: riesgo de salir de su país, enfermedades, naufragios, alegrías y fracasos, aprendizaje de las lenguas y de la cultura, errores y aciertos, traiciones y abandonos, conflictos y reconciliaciones... “Dios escribe recto con líneas curvas”, dice un proverbio portugués. Y la obra de Dios es lenta para el gusto de los hombres. Mgr Serge Miot, arzobispo de Puerto Príncipe, me decía antes de morir en el terremoto: “Moisés ha necesitado 40 años para entrar en la Tierra prometida”. También me aconsejaba la triple virtud: “paciencia, paciencia, paciencia.”

Los dominicos españoles y franceses han evangelizado a partir del descubrimiento de América esta zona del Caribe y de las Antillas.

Fuertes lazos históricos unen las islas de las Antillas y del Caribe en donde han predicado las provincias de España, de Francia y de Toulouse.

El poeta andaluz Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura en 1956, escribió: “Raíces y alas. Pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen” (Jiménez, 1957, p. 14).

Las islas del Caribe están relacionadas por su historia a menudo común pero también por los encuentros e intercambios políticos, económicos y religiosos como OEA, Caricom, Celam, Cida.

Simón Bolívar (1783-1825) soñaba con una América que fuese “una”. La quinta Conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe, “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida” (Aparecida, 13-31 de mayo 2007), reconoce

en sus pueblos “una misma familia” en la unidad —que no quiere decir uniformidad— y el pluralismo (p. 87).

La nueva provincia Hispania ha reunido sus dos vicariatos de Cuba y de la República Dominicana. Los dominicos de Haití predicán a menudo en Guadalupe. El nuevo obispo de Martinica, fray David Macaire, es un fraile dominico de la provincia de Toulouse originario de esa isla.

Escribo este texto con el deseo de ver a la Familia dominicana cada vez más presente y unida en esta región en la que la espiritualidad dominicana plantó sus raíces profundas.

Historia de los frailes predicadores en Haití a partir de 1510¹

Los frailes predicadores, llamados habitualmente dominicos, están presentes desde 1510 en la Hispaniola, nombre dado por Cristóbal Colón a la isla que comprende hoy Haití y la República Dominicana. En 2010, la Orden de Predicadores fundada por Santo Domingo ha celebrado su quinto aniversario de la fundación del primer convento en la capital dominicana.

En la ciudad de Santo Domingo, frente al mar, una estatua imponente de quince metros de altura recuerda la predicación de fray Antonio de Montesinos en el cuarto domingo del Adviento de 1511 para defender los derechos de los indios. Esta predicación fue fruto de la reflexión común de los frailes de la comunidad bajo la responsabilidad de fray Pedro de Córdoba. Conocían bien los abusos hacia los indios por parte de los españoles, contrarios al Evangelio y al derecho de la Iglesia enseñados en la Universidad de Salamanca a partir de las obras de Santo Tomás de Aquino y de la gran figura de fray Francisco de Vitoria (+1546, Salamanca, España), considerado por la ONU como el fundador del Derecho Internacional como lo ha evocado el papa emérito Benedicto XVI en su discurso en el departamento de las Naciones Unidas de Nueva York el 18 de abril del 2008.

1 En la redacción de la historia dominicana en Haití cito el artículo publicado en lengua brasileña: “500 anos OP nas Américas” (2010).

La predicación de los frailes cambiará la mentalidad de Bartolomé de las Casas que pedirá entrar en la Orden de Predicadores para vivir como un ardiente abogado de los indios.

Del 14 al 16 de octubre del 2010 (ha tenido) tuvo lugar en la ciudad de Santo Domingo un congreso internacional intitulado “500 años de lucha por la justicia: los dominicos y la UASD”. El acontecimiento fue ha sido organizado por los frailes dominicos del Vicariato de la República Dominicana y por la UASD (Universidad Autónoma de Santo Domingo), la primera universidad fundada en América.

La llegada de los frailes dominicos a la Hispaniola

Cristóbal Colón salió del puerto de Palos de Moguer el 3 de agosto de 1492 con tres carabelas: la Pinta, la Niña y la Santa María. En Salamanca, una sala del convento de los Dominicos de San Esteban lleva el nombre de Cristóbal Colón para conmemorar la ayuda que recibió de los frailes en las negociaciones con la Corona española.

El día 12 de octubre, descubrió la isla de Lucayas, llamada por los indígenas Guanahaní; la bautizó con el nombre de San Salvador (Bahamas) ya que este descubrimiento le salvó de una revuelta de la tripulación agotada por los contratiempos y penurias de la travesía (sin olvidar el hambre: quitar). Tras haber explorado algunas islas y el norte de Cuba, Cristóbal Colón llegó el 5 de diciembre de 1492 a Haití o Quisqueya que llamará “La Española”.

En su segunda expedición con diecisiete barcos, Cristóbal Colón tocó de nuevo tierra en Quisqueya el 27 de noviembre de 1493 acompañado del legado del papa para América, el religioso mínimo de san Francisco de Paula, fray Francisco Boyl. Esta fecha representa un símbolo en la historia de la evangelización del Nuevo Continente aunque la actividad apostólica de los franciscanos belgas y de los mercedarios se desplegó a partir de 1498 (Campos, 2008, p. 36). Cristóbal Colón descubre que los indios han destruido el fuerte La Navidad y que todos los españoles han sido asesinados en respuesta a su crueldad.

Lo que hubiera podido ser una celebración del encuentro entre el cristianismo universal y el pueblo indígena de Quisqueya, la isla Hispaniola se convirtió en el escenario de una tragedia con la desaparición de la mayor parte de los indígenas como consecuencia del trabajo excesivo en la minas así como de las enfermedades llevadas por los españoles que el sistema inmunitario de los indios no pudo vencer.

Fray Gustavo Gutiérrez, teólogo de la Orden de Predicadores, utiliza la palabra desencuentro para caracterizar el encuentro fallido y desgraciado entre la civilización europea y el Nuevo Mundo (Gutiérrez, 1989, p. 9). El descubrimiento de esas nuevas tierras recubre la voz de los indios. En vez de facilitar un encuentro feliz con el Evangelio liberador del hombre, los colonizadores impusieron un dominio cruel a los indios que buscarán la huida como lo demuestra la historia del jefe indio Hatuey que tras llegar a Cuba en pequeña embarcación rechazó el bautismo propuesto por un religioso franciscano. No quiso obtener el Cielo de los cristianos que había conocido y cuya maldad le había horrorizado. Prefirió morir en la hoguera.

Fray Bartolomé de las Casas cuenta la llegada de los frailes predicadores a Santo Domingo situándola en el mes de septiembre de 1510 (Las Casas, B, vol. II, lib. II, cap. LIV, p. 381). El maestro de la Orden, fray Tomás de Vio Cajetan, había dado su acuerdo para esta empresa de evangelización en el día 3 de octubre de 1508. Varios frailes provenientes del convento de Ávila (España) formaron la primera comunidad que fue reforzada más tarde con la llegada de nuevos frailes: Pedro de Córdoba, Bernardo de Santo Domingo, Antonio Montesinos y Domingo de Villamayor, fraile cooperador. Hay que subrayar que estos frailes pioneros habían estudiado la teología en la Universidad de Salamanca y que eran miembros de la provincia reformada que aspiraba a llevar una vida religiosa rigurosa: gran austeridad en su forma de vestirse y de alojarse, ayunos y penitencias. Por otra parte, Bartolomé de Las Casas precisa que predicaban y confesaban “como hombres divinos” (Las Casas, vol. II, lib. II, cap. LIV, p. 383).

El cuarto domingo del Adviento, en el día 21 de diciembre de 1511, fray Antonio de Montesinos proclamó en el púlpito la predicación preparada por la comunidad que le había escogido como el mejor orador para un mensaje común. Denunció la ceguera y el embotamiento

espiritual de los españoles que no eran conscientes de la gravedad de su comportamiento con los indios. Los frailes españoles conocían por su proximidad con los indios los suplicios y vejaciones impuestos a los indígenas. En su predicación los frailes no daban sermones moralizadores sino que se dirigían a la inteligencia humana. Los españoles tenían la conciencia anestesiada frente a los abusos cometidos con los indios. Eso les parecía normal. La predicación va a despertar la conciencia y abrir los ojos sobre la dignidad de los indios.

Bartolomé de Las Casas contará más tarde el contenido de la predicación de fray Antonio Montesinos que ha sido simbolizada por la grande y hermosa estatua situada en la entrada del puerto de Santo Domingo y que fue ofrecida por el gobierno de México:

Esta voz, dijo él, que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas; dónde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido?, ¿cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?, ¿y qué cuidados tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo (Las Casas, vol II, lib. III, cap IV, p. 441-442).

La predicación de fray Antonio Montesinos no trataba, en primer lugar, del alma de los indios que tenían una cultura evidente (lengua, organización social, artesanía, religión...) sino su explotación descarada e injustificada, contraria al derecho natural y al Evangelio.

Los responsables políticos y económicos reaccionaron rápidamente para defender sus intereses denunciando al rey de España y al prior provincial la predicación de los frailes y amenazándoles de expulsión. Todo esto tuvo consecuencias en la vida ordinaria de los dominicos que vieron desaparecer las limosnas. También se les pedía disculpas por lo proclamado en el púlpito.

¿Cómo se puede explicar esta perversión en el contexto católico de España? Los historiadores han descubierto el origen de los emigrantes del Nuevo Mundo que, a menudo, no tenían nada que perder: exprisioneros, soldados a la búsqueda de oro y de placeres, nobles arruinados y aventureros de todo tipo (Hanke, 1988, pp. 29-30).

A pesar de todo, los misioneros dominicos perseveraron en su defensa de los derechos de los indios. Estaban relacionados con teólogos y juristas de la Universidad de Salamanca, lo que les ayudó a obtener algunos resultados como la promulgación de las leyes de Burgos, que limitaron la explotación de los indígenas en las encomiendas, sin suprimir el fondo del problema. La encomienda era una institución en la cual una persona recibía un grupo de indios que debían trabajar a su servicio. En contrapartida, el encomendero tenía que garantizar la catequesis cristiana.

Los frailes dominicos exigían en el sacramento de la confesión la renuncia a las encomiendas lo que suponía el devolver las tierras a sus legítimos propietarios y la liberación de los indios esclavizados. Hubo evidentemente contestación y conflictos.

La conversión de Bartolomé de Las Casas brilla en la historia de esta misión como un fruto de la evangelización y del ejemplo de los frailes dominicos españoles entre los que merece destacar la actuación de fray Pedro de Córdoba, que murió a los 38 años pasando su antorcha a una generación nueva en la que figuraba Las Casas. Fray Antonio de Montesinos predicó en el funeral de su superior citando al Salmo 133: “Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos”. Un año después de la muerte de fray Pedro de Córdoba, Bartolomé de Las Casas pidió entrar en la Orden de Santo Domingo recibiendo su hábito de luz.

San Juan-Pablo II rindió homenaje en su homilía de Santo Domingo (República Dominicana) el 25 de enero de 1979 a estos frailes dominicos, testigos del Evangelio en Quisqueya:

Si queremos tributar un merecido agradecimiento a quienes plantaron la semilla de la fe, ese homenaje hay que rendirlo, en primer lugar, a las órdenes religiosas, que se destacaron aún a costa de ofrendar sus mártires en la tarea evangelizadora —sobre todo los religiosos dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios—. Son lecciones de humanitarismo, espiritualidad y de afán por dignificar al hombre las que nos enseñan Antonio Montesinos Córdoba, Bartolomé de Las Casas, a quienes harán eco en otras partes... Son hombres en los que late la preocupación por el débil, por el indefenso, por el indígena, sujetos dignos de todo respeto como persona y como portadores de la imagen de Dios (Juan Pablo II, 1980, p. 17-18).

El papa emérito Benedicto VI, de regreso de su viaje a Brasil, el día 23 de mayo de 2007, tras haber inaugurado la V Conferencia del Episcopado de América Latina y del Caribe, ha recordado la denuncia hecha por los misioneros como Bartolomé de Las Casas y por teólogos como Francisco de Vitoria de los crímenes infligidos a los indios.

La Orden de Predicadores desea la beatificación de fray Bartolomé de Las Casas. En Santo Domingo (República Dominicana) se ha manifestado el deseo entre los responsables de la Iglesia y de los laicos de beatificar también a fray Pedro de Córdoba, el jefe y líder de esta primera misión en América. Desde el comienzo de la Orden de Predicadores, los frailes han manifestado poco interés e inversión en las causas de beatificación comenzando por la de su fundador, Santo Domingo. Conviene ocuparse de vivir la santidad hoy en vez de pasar tiempo a canonizar a antepasados pero también es verdad que la Iglesia y la humanidad necesitan modelos con quién identificarse. Por esta razón sería conveniente poner en los altares a frailes proféticos como Pedro de Córdoba y Bartolomé de Las Casas, faros en las tempestades de la historia.

Historia de los dominicos en Guadalupe a partir de 1603

Cristóbal Colón y la Virgen María

La historia cristiana de la isla Guadalupe se remonta al descubrimiento por Cristóbal Colón de la isla Karukéra el 4 de noviembre 1493 en su segundo viaje. En esa fecha fue plantada la cruz en esta tierra de las Antillas; junto a ella se puso el blasón de España. El padre Juan de Marchena, que viajaba en la carabela “Santa María”, celebró la misa en acción de gracias por el descubrimiento de esta isla, que fue bautizada “Nuestra Señora de Guadalupe” en honor de la Virgen María, invocada en Extremadura como “Nuestra Señora de Guadalupe”, y que venía de salvar con su intercesión a los tripulantes durante una terrible tempestad. Cristóbal Colón volvió a hacer escala en Guadalupe tres años más tarde, el 20 de abril 1496, en su viaje de vuelta a la Península.

La Virgen María ha estado presente en los comienzos de la evangelización de Guadalupe, tierra con una gran devoción mariana en el día de hoy. El santo papa Juan XXIII ha disipado las dudas sobre el origen del vocablo “Nuestra Señora de Guadalupe” que encuentra su origen más allá de las apariciones de la Virgen en México en 1531, como lo escribe en su bula del 9 de septiembre 1959 dirigida a Mgr Juan Gay, obispo de Guadalupe: “En virtud de estas Cartas, establecemos, constituimos y declaramos a la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona principal en su relación con Dios de la diócesis de Basse-Terre y de Pointe-à-Pitre, y titular de la iglesia catedral”.

La sangre de los mártires dominicos

Tertuliano, teólogo africano de los comienzos del siglo tercero veía en “la sangre de los mártires la semilla de los cristianos”. La iglesia de Guadalupe ha sido regada con la sangre de los primeros frailes predicadores que desembarcaron en esta isla de las Antillas.

La flota española había hecho una escala en Guadalupe para avituallarse en agua potable en el río de Basse-Terre, llamado Río de la Punta de los Galeones.

Los frailes dominicos españoles de la Provincia de Nuestra Señora del Rosario, provincia misionaria, aspiraban a evangelizar Asia. En 1611, fundaron en Manila la primera universidad de Asia: Universidad de Santo Tomás (U.S.T.).

El 3 de agosto 1603, una carabela rumbo a Filipinas y a Japón, llevando a bordo un grupo de frailes predicadores españoles, hizo escala en Guadalupe. Bajaron a tierra para celebrar la misa, lo que estaba prohibido en el barco. Pero los indios caraïbes, caníbales, les acribillaron con flechas. Fue el primer bautismo de sangre en esta tierra confiada a la Virgen de Guadalupe. Los nombres de estos primeros mártires de Guadalupe figuran en los archivos de la Orden de Predicadores: Juan Moratella, Vincente Palau, Juan Martínez, Juan Cano, Jacinto Cisténez y Pedro Moreno. Los indios caraïbes entregaron los hábitos blancos ensangrentados a Bélain d'Esnambuc, gobernador de San Cristóbal.

Estos misioneros españoles de la Orden de Santo Domingo, aunque no figuren oficialmente en el martirologio de la Iglesia católica, representan en la tradición católica de Guadalupe los primeros mártires de la isla. Encontramos las huellas de estos martirios en los escritos de varios historiadores dominicos: fray Raymond Breton (1609-1679), que figura como el primer apóstol de la Guadalupe, en su *Relation des vingt premières années de la Colonie française*, y los frailes Michel Pio y Jean de Sainte-Marie, en su "Histoire de l'Ordre dominicain et de ses martyrs". Un historiador contemporáneo, Camille Fabre, ha puesto en duda este relato de los mártires, invocando argumentos pero sin poder anular la tradición que él llama "leyenda" (Guilbaud, 1935, p. 5; Fabre, 1970, pp. 14-15).

La llegada de los dominicos franceses en 1635

El papa Alejandro VI, que dirigió a la Iglesia de 1492 a 1503, había acordado a los reyes católicos Fernando e Isabel la propiedad de las tierras descubiertas y por descubrir en tierra firme y en las islas de

América. En su bula del 12 de mayo 1493 amenazaba de excomunión a todos aquellos que nos respetasen esta distribución del nuevo mundo.

El cardenal Richelieu había obtenido de la Santa-Sede una bula del papa Urbano VIII, fechada del 12 de julio 1635, excepción de la bula del papa Alejandro VI, que le permitía organizar canónicamente la misión en las Colonias francesas.

Por esta razón, los frailes dominicos franceses recibieron la misión de las Antillas. En París, el convento de San Santiago, reunía una comunidad de frailes sedienta de contemplación y apostolado, voluntarios para ir a la misión, con la espiritualidad de la reforma dominicana impulsada por fray Sebastien Michaelis (1497-1569).

Los frailes dominicos llegaron a las Antillas en los barcos dirigidos por el Señor de l'Olive y el Señor du Plessis. La flotilla comprendía seiscientos hombres que se habían comprometido a trabajar tres años. También figuraban en esa expedición cuatro frailes dominicos: Pierre Pélican, Pierre Griffon, Nicolas Bruchet et Raymond Breton. Desembarcaron en la isla de Martinica el 25 de junio de 1635 y en Guadalupe el 29 de junio de 1635, en la playa, al norte de Santa Rosa.

Los nombres dados por los dominicos a los conventos e iglesias manifiestan la espiritualidad y la historia de los santos de la Orden de Predicadores Nuestra Señora del Rosario en el convento de Baillif, San Jacinto en Capesterre, Santo Domingo en la iglesia de Baillif.

Su hábito blanco hará que sean conocidos como “los padres blancos” o “los monjes blancos”. Fray Carré, superior de los frailes en Francia, nombró a fray Pierre Pélican responsable de la misión en Guadalupe, que llegó con el título de Prefecto apostólico pero regresó a Francia al año siguiente, en 1636.

Fray Raymond Breton vivirá una gran aventura misionera en Guadalupe, soportando sufrimientos de todo tipo: vida austera, soledad y hambre.

Merecen destacar las relaciones conflictivas entre la “Compañía de las islas” que limitaba su ayuda económica a la misión y los frailes. El gobernador Houël figura como un mal ejemplo por su comportamiento autoritario y despectivo con los frailes, hasta el punto de hacer todo lo que estaba en su mano para que los frailes que criticaban su política dejaran la misión y volviesen a Francia.

Fray Raymond Breton se consagró al servicio de todos y especialmente de los enfermos. Aprendió la lengua de los indios caraïbes hasta el punto de elaborar un valioso diccionario de la lengua caraïbe con complementos históricos y etnológicos, una gramática y un catecismo en la lengua de los indios.

Fundó las iglesias de Vieux-Habitants, Basse-Terre y Baillif. El nombre “Vieux-Habitants” correspondía a los salarizados que se retiraban en ese lugar tras haber trabajado tres años, lo que era lo mismo que el estatuto de los trabajadores de la Compañía.

Sus crónicas y sus *Relations* manifiestan la belleza de su alma y su preocupación por la cultura de los indios caraïbes. Estas *Relations* describen las duras condiciones de la misión y la generosidad de los frailes. Solía pasar que los frailes no llegasen al término de su destino muriendo en los barcos durante la travesía. Otros eran martirizados, cortados en pedazos, poco tiempo después de su desembarco, como le pasó a fray Vincent Michel, al cabo de un mes en la isla.

En 1640, el padre Carré, superior de París, tras haber recibido peticiones de refuerzos envió a la Guadalupe un segundo contingente de tres frailes dominicos sacerdotes, de la Marre, Dujan y Dutertre, y tres frailes cooperadores, Nicolas, Jacques y Stephane.

Fray Nicolas de la Marre tenía más de cincuenta años cuando pidió como un privilegio marchar a la misión para enseñar el misterio de Cristo en medio de sufrimientos y contradicciones. Doctor por la Sorbona de París, predicador de renombre, imploró de rodillas a su superior que le enviase a misiones.

Podemos comprender fácilmente la placa de mármol conmemorativa que figura en la iglesia de Vieux-Habitants como gesto de agradecimiento del municipio a los frailes Breton y Dutertre por su trabajo y por su testimonio.

Fray Jean-Baptiste Dutertre (1610-1687), cura párroco de Vieux-Habitants y después de Capesterre, ha escrito “La historia general de las Antillas”.

Fray Jean-Baptiste Labat, hombre apostólico, soldado contra los Ingleses en 1703, empresario y escritor en las Antillas, ha escrito su best-seller “Viaje a las islas de América”, publicado en 1722, y que reúne de manera enciclopédica los conocimientos útiles para los colonos. La

figura del padre Labat sigue presente en Guadalupe y merece mejor fama que la simple evocación de “un vividor” o de “un aventurero” como lo presentan algunos con desenvoltura.

Fray Dutertre y fray Labat tenían cada uno una celda conventual en Baillif en donde escribían sus crónicas interesantes y pintorescas aprovechando el contexto de silencio y de soledad, propicio a la elaboración de la ideas y a su fijación con tinta.

La misión dominica en Santo Domingo (Haítí y República Dominicana) de 1703 a 1804

El tratado de Ryswick en 1697 había reconocido la ocupación por Francia de la parte occidental de la Hispaniola. En el tratado de Bâle, España cedió a Francia esta parte occidental. En 1804, en la revolución de los esclavos negros conducida por Jean-Jacques Dessalines contra Francia, Haítí obtuvo la independencia.

Dos autores han estudiado particularmente la historia de la misión de los Dominicos en Haítí, llamada en aquel entonces Santo Domingo: Mgr I. Le Ruzic en su obra publicada en 1912 y Maurice Bellonguet en su Memoria de historia en 1970.

En el siglo XVII, la colonización francesa va a utilizar a los religiosos como medio para extender no solamente el Evangelio sino también la influencia de Francia como lo demuestran los contratos entre la Compañía de las islas de América y las congregaciones religiosas. Esta Compañía ejerce su poderío a través de los gobernadores de las Antillas: Guadalupe, Martinica y Santo Domingo.

La provincia dominicana de Toulouse se implantó en Santo Domingo a partir de 1703 y fue vinculada en 1721 a la misión en Guadalupe y en Martinica. Esta misión dependió del maestro de la Orden hasta 1721, fecha en que la responsabilidad pasó de nuevo al prior provincial de Toulouse. Fray Lagrange fue dos veces prior provincial de Toulouse y favoreció de manera decisiva la cesión de Santo Domingo en 1739 a la provincia dominicana de Saint-Louis que iba de Metz a Rouen en Francia.

M. Bellonguet nombra en su estudio a las siguientes parroquias de la parte francesa de la isla de Santo Domingo bajo responsabilidad de

los frailes dominicos: Artibonite, Petite Rivière, Les Verretes, Mirebalais, Cul de Sac, Léogane, Grande Gôave, Petite Gôave, Acul, Tapion de Miragoane, Fond des Nègres, Les Cayes, Torbeck, Ile à Vache, Cavaillon, Saint-Louis, Aquin, Jacmel. Los frailes eran poco numerosos y al servicio de varias parroquias: en 1707, cinco frailes se ocupan de once parroquias; en 1719, once frailes para deiciocho parroquias; en 1764, diecinueve frailes para veinticuatro parroquias; en 1733, veintiséis para veinticinco parroquias; en 1779, veinticuatro para veintiséis parroquias; en 1789, veinticuatro para veintiséis parroquias (Le Ruzic, 1912). A veces, los frailes confiaban los presbiterios de algunas parroquias a sacerdotes diocesanos. Para hacer frente a los gastos, los frailes habían adquirido propiedades. La calidad de la producción de azúcar era muy buena. Los documentos no dan información sobre el número de esclavos que trabajaban en esas tierras.

Los frailes no tenían necesariamente un carisma para la gestión económica y daban a veces limosnas en nombre de la misericordia sin dirigir el trabajo según los criterios de rentabilidad justa y necesaria. Por ejemplo, fray Pierre-Paul ayudaba a una multitud de pobres y de mujeres de mala vida que aspiraban a salir del libertinaje dándoles tickets de azúcar de la producción de los frailes hasta tal punto que la fábrica no podía cumplir sus compromisos. La azucarera estaba en déficit por un importe de 700.000 libras, como lo describe el padre Labat que estuvo en Santo Domingo (Labat, 1742, t. V, p.36). Podemos comprender mejor la observación del Maestro de la Orden, fray Antonin Cloche, que exhortaba a los frailes en 1716 en una circular sobre la economía a “sacar de los esclavos el máximo de trabajo” (Bellonguet, M. 1970, p. 156). Otras congregaciones religiosas tenían también esclavos en esa época; se les consideraba habitualmente como empleados.

Los jesuitas eran los responsables de la prefectura del norte de Santo Domingo (1704-1764). Los frailes predicadores o “jacobinos”, llamados así en recuerdo del convento de San Santiago de Paris, tenían la responsabilidad de la prefectura del oeste y del sur. Por desgracia, el grito de los frailes Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos, y Bartolomé de Las Casas había sido ahogado por nuevas prácticas.

El responsable dominico en Santo Domingo se había instalado en Léogane hasta 1775, fecha en la que escogió Puerto Príncipe. No existía

ningún obispo en Santo Domingo a pesar del número de habitantes: más de 528.000 en 1790. La autoridad más alta estaba representada por el superior general o por el prefecto apostólico.

Las Antillas habían sido distribuidas entre dos congregaciones: la Martinica y la Guadalupe formaban con otras islas pequeñas la Congregación del Santo-Nombre-de-Jesús, mientras Santo Domingo constituía la Congregación del Santo-Rosario.

En cuanto a los ingresos de la misión, el poder real aportaba una pensión y los habitantes pagaban un impuesto. Los filibusteros eran generosos. Los colonos de las Antillas cuidaban con esmero a los curas. En Santo Domingo, los presbiterios estaban en mejor estado que en Martinica.

La duración media de la estancia misionera de los frailes en Santo Domingo era de cuatro años. La misa ocupaba un lugar central en su ministerio. Para dar el sacramento de la unción de los enfermos y acompañar a los moribundos, los frailes tenían que hacer largos recorridos. Por otra parte, se ocupaban de los huérfanos y de los enfermos que acogían en los hospitales que habían fundado. Pasó también que la misión de Santo Domingo contribuyó a pagar las deudas de la provincia dominicana de Toulouse en Francia. Sin embargo, dos argumentos eran citados regularmente para justificar el abandono de la misión de Santo Domingo: la necesidad de enviar muchos frailes y mucho dinero.

La misión dominicana en Santo-Domingo sufrió durante la revolución de los esclavos. Fray Le Cun cuenta en el 26 de junio 1795 la muerte de su predecesor en el mes de octubre de 1794 a causa de sus convicciones monárquicas: “El padre Viriot ha sido llevado por la fuerza de Léogane a Cayes (cincuenta leguas de distancia), en donde ha soportado once días de calabozo. Tras recibir su sentencia, escuchó las confesiones de los que iban a morir con él, habiendo deseado poder confesarse el mismo a un sacerdote y cantó con voz segura el Domine, salvum fac Regem desde la celda hasta la plaza pública en la que fue fusilado (Le Ruzic, 1912, p.170).

Temiendo por su propia vida, fray Le Cun, prefecto apostólico, se exilió en Kingston (Jamaica) en donde fundó la primera iglesia católica. Con su huida desaparecía la representación legítima de la Santa Sede en Santo Domingo. En una carta enviada desde su nueva residencia, fechada del mes de mayo de 1804, evoca el hundimiento de la misión

con la muerte de varios frailes dominicos degollados. Todas las iglesias habían sido quemadas menos las de Puerto Príncipe, San Marcos y Cayes. Solamente quedaba en Santo Domingo un fraile dominico que ejercía como cura en San Marcos.

Los dominicos en Guadalupe en el siglo XVIII

Desde comienzos del siglo XVIII, la provincia dominicana de Toulouse, había enviado frailes a las Antillas: Martinica, Guadalupe y Santo Domingo. El padre Boyssiére, prior provincial de Toulouse, había escrito en 1719: “Hay en este momento veinticuatro misioneros de nuestra provincia en las tres misiones (Martinica, Guadalupe, Santo Domingo). La provincia de Toulouse proporciona casi todos los misioneros” (Le Ruzic, 1955, p.1).

A veces los frailes misioneros provenían de otras provincias de la Orden de predicadores bajo la jurisdicción de la provincia de Toulouse. Estos frailes estaban agrupados en dos Congregaciones: la Congregación del Santo-Nombre-de-Jesús y la Congregación del Santo-Rosario. Recibían el título de “Preregrinantes propter Christum” (Peregrinos al servicio de Cristo).

En el momento de la Revolución francesa, la Orden de predicadores comprendía varias parroquias en Guadalupe: Baillif, Bouillante, Pointe-Noire, Deshaies, Sainte-Rose, Lamentin, Baie-Mahault, Goyave, Capesterre (Le Ruzic, 1955, p. 2).

A partir de 1792, las consecuencias de la Revolución Francesa hacen estragos en Guadalupe: supresión de las órdenes religiosas, confiscación de los bienes de la Iglesia.

El regreso de los frailes dominicos a Guadalupe en 1955

Mgr Jean Gay, obispo de Guadalupe, había pedido oficialmente al Maestro de la Orden de predicadores la fundación de un convento. La curia generalicia en Roma transmitió esta petición al capítulo provincial de Toulouse que se reunía en el real convento de Saint-Maximin (Var, Francia).

Fray Vincent de Paul Rande, gran viajero en América del Sur, en el Caribe y en el Océano Indico, hombre de comunicación, creativo y apostólico, conocía bien las Antillas francesas y se hizo el abogado de esta causa, como lo describe en una carta enviada a Mgr Jean Guy desde Toulouse el 24 de noviembre de 1954, en la que recuerda las necesidades religiosas de las islas francesas de ultramar y la tradición dominicana en el Caribe (Archivos de la Diócesis de Guadalupe).

Elegido prior provincial de Toulouse el 10 de febrero 1954 en el capítulo provincial de Saint-Maximin, fray Vincent-de-Paul Rande impulsa este proyecto de fundación con la ventaja de conocer personalmente Guadalupe por sus predicaciones. Ocupará esta responsabilidad provincial hasta el 30 de julio de 1959.

Fray Rande acompaña personalmente a los seis primeros misioneros que se embarcan con entusiasmo en el puerto del Havre (Francia) para servir en la diócesis de Guadalupe (Carta de fray Rande al obispo de Guadalupe, Mgr Gay, fechada en Toulouse el 23 de octubre 1955. Archivos de la diócesis de Guadalupe). Mgr Gay va a su vez salir al alba de su obispado para recibir a los seis frailes en Pointe-à-pitre el 29 de octubre 1955: “Una delegación de la ciudad del Moule, territorio de veinte mil almas confiado a los frailes, tuvo la delicadeza de subir al barco antes de las formalidades del desembarco, para salir a nuestro encuentro. También estaban allí, el alcalde, su esposa y uno de los concejales. Mgr Gay nos desea la bienvenida, acompañado de chicas jóvenes de la Cooperación Femenina de Guadalupe vestidas con trajes de rico colorido y que nos han ofrecido un ramillete de flores exóticas. Felicitaciones recíprocas con palabras salidas directamente de los corazones. Ruido y alboroto propio en las aduanas; después reunión del personal y recogida de las maletas en el presbiterio de la gran iglesia, en donde los padres de la Congregación del Espíritu-Santo nos han preparado para el mediodía una hospitalidad excelente. Pero antes tienen lugar la recepción y la manifestación folclóricas, cantos de acogida, en la sede de la Cooperación. En medio de la tarde, un camión y dos coches nos llevan hasta el Moule” (Perret, s.f, p. 2).

Pero esta fundación conoció también la contradicción. La obra de Dios se desarrolla a menudo en medio de contradicciones como Jesús en su vida hecha de persecuciones y de procesos antes de llegar

a los frutos de Pascua. Fray Rande lo explica en una de sus cartas al obispo, Mgr Guy, en una carta escrita en Toulouse el 14 de diciembre 1954: “Pero debo decirle que el proyecto de fundación corre el riesgo de ser combatido por los padres del consejo provincial que no conocen la importancia ni la necesidad de este apostolado en las Antillas francesas. De todas formas, tenéis dos abogados, ganados a vuestra causa, el padre Perret y yo mismo. El Santo-Espíritu y Nuestra-Señora del Rosario sabrán vencer, estoy seguro de ello, todas las dificultades” (Lettre du frère Vincent de Paul Rande, 1954).

Esta fundación en Guadalupe había sido precedida por varias estancias de predicación de fray Vincent de Paul Perret, piedra angular de la misión y superior del futuro convento del Moule, Fray Perret ha descrito en emocionante artículo publicado en 1982 en la revista diocesana “Église en Guadeloupe” la evolución de este proyecto desde su concepción hasta su desaparición en 1969 (*Mes plus anciens souvenirs de la Guadeloupe*, Bayonne, 1982). Fray Vincent de Paul Perret había comenzado a predicar en 1951 en las islas de Martinica y de Guadalupe: predicaciones de retiros parroquiales y de Cuaresma a partir de 1952 en Guadalupe (Baillif, Saint-Claude, Vieux-Habitants, Anse-Bertrand y Santa-Rosa).

En la isla de la Desirade, las hermanas dominicas de Etrépagne se ocuparon de curar a los leprosos. Fray Vincent de Paul Rande les hacía visita regularmente con fray Chehadé.

La Fraternidad de los terciarios dominicos juega un papel importante en esta fundación. En Basse-Terre, Mr Guilbaud, terciario dominico, invita al superior de la comunidad dominicana a predicar los ejercicios del mes del Sagrado Corazón.

Respondiendo a la petición de Mgr Guy, fray Rande instruye la afiliación de la congregación de las “Hermanas de Nuestra-Señora de Guadalupe”, congregación diocesana, a la congregación de las dominicas de Albi: “Estas hermanas criollas han sido siempre para mi corazón de sacerdote un objeto de paternal bondad y fuente de numerosas alegrías” (*Mes anciens souvenirs de Guadeloupe*, 1982).

También predica a las monjas de Cluny, fundadas por la bienaventurada Ana-María Javouhey en “Versailles” y las hermanas de Saint-Paul de Chartres en Bouillon.

En 1952 y 1953, con su hermano de sangre y de religión, fray Charles Perret, participa en la gran misión dominicana en Martinica: “En esas predicaciones populares y, sobre todo, durante las largas sesiones de confesional, he aprendido a apreciar y a amar la almas antillanas ya fuesen de la Martinica o de la Guadalupe, almas a las que he tenido la felicidad de consagrar veinte años de mi vida” (*Mes plus anciens souvenirs de Guadeloupe*, 1982).

No hay evangelización sin amor. A veces los frailes se preguntan: “¿para qué ir a tal país de misión ya que hay otras congregaciones presentes?” Un día, el maestro de la Orden, fray Bruno Cadore, contestó a este interrogante diciendo: “para amar a la gente”.

La misión en Guadalupe ha sido fruto del amor de los frailes y la población contestó y sigue respondiendo hoy a este amor con su amor como lo demuestran las numerosas invitaciones hechas a los frailes para predicar y el apoyo económico a Haití después del terremoto del 12 de enero 2010.

El año 1955 fue el gran año de la fundación en Guadalupe. Fray Perret asume la responsabilidad del equipo formado por seis religiosos: “El padre Sineux, destinado a ser cura párroco del Moule, parroquia confiada por la diócesis a los dominicos; el padre Charles Perret, designado como primer vicario; el padre Bernard Autran, segundo vicario, especialmente encargado de la capilla de Fátima; y dos frailes cooperadores, fray François Le Roux, bretón, exoficial de la Marina nacional, que había conocido las Antillas cuando viajaba en el barco “Jeanne d’Arc”, y fray Jean-Marie Pocrain, originario de Vieux-Habitants, y reciente profeso, nuestra primera vocación antillana” (*Mes plus anciens souvenirs de Guadeloupe*, 1982).

Fray Charles Perret ha escrito en el nombre de la comunidad de los frailes dominicos un hermoso texto que relata los primeros pasos de la misión en Guadalupe, texto que merece figurar como anexo de este artículo ya que trae luz para discernir los caminos de Dios durante las fundaciones dominicanas misioneras y puede dar ánimos a las nuevas generaciones de frailes para que emprendan nuevas misiones lejos de los territorios y culturas conocidos y controlados sin tener un miedo paralizante a la hora de dar el salto de la fe misionera.

Después de la instalación en el Moule los frailes construyeron el convento de Massabielle que acogió a los nuevos misioneros: Tauzin, Barrière, Chassériau, Chehadé, Gratessol, Lambezat. Esta casa es habitada hoy por los padres de la Congregación del Espíritu-Santo.

El apostolado de los frailes ha tenido un gran impacto en Guadalupe. Su memoria sigue viva a pesar del paso de los años y llena de reconocimiento y afecto.

Fray Vincent de Paul Perret obró en favor de la enseñanza del derecho en Guadalupe, dando clases en el Instituto Vizios durante diez años.

Esta aventura dominicana en Guadalupe recibió el duro golpe del cierre por decisión del capítulo provincial de Toulouse en 1969. La falta de vocaciones influyó evidentemente en esta difícil determinación. Fray Vincent de Paul Perret se quedó dos años más en la isla. Por razones de salud, volvió a Francia en 1971. Si embargo, la Familia dominicana _hermanas dominicas de Albi y de Etrépany y Fraternidades laicas continúa su misión invitando a menudo a los frailes para predicar el Evangelio en esta tierra empapada de tradición dominicana.

El regreso de los frailes dominicos de Toulouse a Haití en 1972

En 1958, tres haitianos piden entrar en la provincia de Toulouse: Dominique Saurel, Edouard Rousseau y Guy Maximilien. Los tres dejaron a la Orden: Edouard Rousseau en la casa de estudios del Saulchoir en 1961; Guy Maximilien en París en 1967 y Dominique Rousseau en París en 1972, tras haber estudiado en Hautes-Études en 1968 y haber enseñado en Canadá y en el gran seminario de Puerto Príncipe.

En 1965, dos haitianos piden entrar en la provincia de Toulouse: Frantz Grandoit y Paul-Antoine Bien-Aimé. Al cabo de sus estudios en Francia, Mgr Emmanuel Constant les ordenó sacerdotes el 26 de noviembre de 1972 en la catedral de Gonaïves.

Por parte de los frailes franceses de la provincia de Toulouse, fray Pierre-Étienne Salvetti, al acabar sus seis años de priorato en Montpellier, expresó su disponibilidad para ir a Haití. Durante nueve meses, en 1970-1971, fue acogido en el presbiterio de Saint-Marc (diócesis

de Gonaïves) por el padre Saget, párroco, con el fin de descubrir la cultura y la Iglesia de Haití. Como la provincia de Toulouse tenía pocos recursos financieros, fray Salvetti fue autorizado a solicitar al obispo de Lourdes un ayuda económica por medio de intenciones de misa que le permitieran pagar su estancia en Haití: “Mi prior provincial, el padre Kopf, aprueba mi viaje, pidiéndome que lleve a cabo una misión de información en favor de la provincia de Toulouse que acoge a jóvenes haitianos desde hace varios años sin tener todavía una misión allí. Pero nuestra caja provincial tiene problemas para financiar únicamente mi viaje. Por esta razón, el prior provincial me autoriza a tener esta iniciativa.” (Carta de fray Salvetti a Mgr Donze, obispo de Tarbes y Lourdes, 1970). A pesar de las dificultades políticas y económicas o mejor dicho a causa de ellas, fray Salvetti defendió la causa de una fundación de la provincia en Haití sin olvidar el argumento de las dos vocaciones haitianas que habían llamado a la puerta de Toulouse.

Fray Joseph Kopf, prior provincial, trabajará con su consejo provincial y con Mgr Emmanuel Constant para obtener la implantación en Verrettes. Hay que recordar las peticiones hechas por el prior provincial en su consejo y por el obispo de Gonaïves que no serán puestas en práctica por los tres frailes fundadores (Pierre-Étienne Salvetti, Frantz Grandoit et Paul-Antoine Bien-Aimé). La historia ha dado su parte de razón a estos consejos prudentes y sabios.

Fray Joseph Kopf solicitó lo siguiente: “Para ser fieles a la misión de la Orden de predicadores pedimos a los hermanos:

- Que estén dispuestos a ayudar en el servicio de la predicación de la fe y de la reflexión teológica, lo que parece excluir un cargo parroquial demasiado pesado.
- Constituir un pequeño equipo o Fraternidad con residencia común, a partir de la cual puedan servir en parroquias y desplazarse;
- Prevemos la llegada de estos religiosos a Haití durante el mes de septiembre 1972” (Carta del prior provincial, fray Joseph Kopf, a Mgr Emmanuel Constant, obispo de Gonaïves, 1972).

Por su parte, Mgr Constant hubiera preferido que los frailes se instalasen desde el comienzo en la ciudad para responder a las necesidades objetivas de formación: candidatos al sacerdocio, predicación de retiros espirituales para el clero, religiosos y religiosas; cursos de teología, catequesis, educación... (Carta de Mgr Emmanuel Constant al prior provincial, Joseph Kopf, del 12 de mayo 1972. Archivos del Vicariato de Haití).

Al llegar a Haití, los tres frailes trabajaron en zonas rurales y no en la ciudad. La dictadura política controlaba de cerca a las ciudades y a las universidades. También se trataba de iniciar a los dos frailes haitianos de origen habituados a la ciudad a descubrir las duras condiciones de vida de los agricultores. Por esta razón, escogieron un trabajo pastoral fundamental y con gente pobre sin separar la evangelización, la educación y el desarrollo.

En esa época, solamente “la República de Puerto Príncipe” merecía la atención del poder público mientras el resto del país sufría del olvido y del abandono sobre todo los campesinos de las zonas montañosas: los “moun anfeyo”, “la gente de las fueras” como se presentaban ellos mismos para mostrar su condición de exilados en sus propio país.

El equipo de los tres frailes comenzó su trabajo el 17 de enero 1973 en la parroquia de Verrettes: 70 kilómetros cuadrados, casi las dimensiones del territorio de Martinica, y 80.000 habitantes. Del 20 de enero al 11 de mayo 1973, los frailes recorrieron su territorio parroquial a pie o a caballo, soportando el calor agobiante del sol y la lluvia.

Este testimonio alcanzó el corazón de los campesinos que decían: “Estos frailes son nuestros hermanos, caminan y duermen sobre esteras.

Los frailes descubren los graves problemas ecológicos y humanos: erosión de la tierra, deforestación, analfabetismo que concierne al 80% de la población. Estas condiciones frustraban el desarrollo y el campesino aparecía como un ser prácticamente “irrecuperable” (Colin, 1987. P. 19).

“El que mucho abraza poco aprieta”, dice el refrán. El inmenso campo apostólico provocó la dispersión de los frailes: Pierre-Étienne Salvetti en el presbiterio de Verretes; Frantz Grandoit en Désarmes y Paul-Antoine Bien-Aimé en La Chapelle.

La pequeña comunidad fue erigida canonicamente el 18 de marzo de 1982 con el nombre de San Martín de Porres.

Otros frailes franceses llegaron a Haití para apoyar a la misión: fray Dominique Dubourg, de la provincia de Francia, de noviembre 1980 a Pascua 1983; fray Bruno Cadoré, de la provincia de Francia, joven médico que hizo su cooperación en Haití y que ha sido elegido maestro de la Orden el 5 de septiembre 2010, de octubre 1980 a julio 1982; fray Eugène Colin, de septiembre 1982 a julio 1984; fray Gilles Danroc, tras haber hecho su cooperación en Haití de 1975 a 1977, será enviado a esta misión en 1983; fray Régis Bron llegará en diciembre en 1985.

El 3 de julio de 1984, fray Pierre-Étienne Salvetti fue elegido prior provincial y tuvo que dejar Haití por cuatro años.

También hay que subrayar el trabajo llevado a cabo por las hermanas dominicas en Haití. Teniendo en cuenta que no había una congregación dominicana suficientemente fuerte para asegurar la misión en Haití, fray Joseph Kopf propuso la unión de dos congregaciones, la Presentación de Tours y Étrépagny, con el fin de garantizar un mínimo de vida comunitaria tan necesaria para el equilibrio de la misión. Las hermanas trabajaron con los frailes en varios terrenos: educación, salud, artesanado, pastoral juvenil... En 1975, sor Hermine Blaise, de la congregación de la Presentación de Tours, se encargó de la escuela de La Chapelle. Sor Evelyne Champetier y sor Agnès Thibault, de la Congregación de Etrépagny, llegaron también en 1975 para trabajar en el dispensario, en la parroquia y en el taller de artesanía. Otras hermanas contribuyeron con su trabajo particularmente en la promoción femenina: sor Thérèse Madrolle, de la Présentation de Tours, de 1981 a 1985; sor Blanca Martínez y sor Ilva Zapata, colombianas, en 1981; sor Rosy Guerrero, colombiana, en 1982; tres hermanas Misioneras de Campañas, Gisèle, Véronique y Marie-Rose, llegaron a Verrettes en 1988. Por otra parte, las hermanas dominicas Misioneras Adoratrices han dejado muy buen recuerdo en el Cap Hatitiano, en el norte del país.

La Familia dominicana ha contribuido al desarrollo en todos los campos: “En 1979, la parroquia de Verrettes contaba casi 130 monitores (98% de campesinos) que trabajaban en los campos siguientes:

- en la alfabetización de adultos: 34 monitores y 4 supervisores
- en 22 agrupaciones agrícolas y en 18 consejos comunitarios de campesinos
- en 11 centros de economía doméstica y en 2 centros de artesanía, con 18 animadoras campesinas cualificadas
- en 26 pequeñas escuelas criollas con 40 monitores y monitoras campesinos
- en 4 escuelas francesas con 8 profesores especializados
- en 2 dispensarios de llanura y 2 relevos de montaña, con 2 enfermeras (una Haitiana y una Francesa), 1 técnica de laboratorio francesa, 2 enfermeras auxiliares haitianas
- 2 equipos médico-sociales agrupando a 19 campesinos.” (Colin, 1987, p. 54).

Gran hombre espiritual y místico, fray Pierre-Étienne Salvetti consideraba al trabajo en favor de la alfabetización y de la salud como “una epifanía, manifestación de Cristo, la Iglesia siendo su Cuerpo y su instrumento”.

Los frailes exaltaron la participación de los laicos como verdaderos “coproductores”. En las diferentes comunidades de base, por ejemplo, las Vin ansanm, los laicos fueron autores de su propia liberación tomando la palabra en las reuniones y participando en la toma de decisiones comunitarias. En una carta escrita en 1989, fray Jean-Jacques Pérennès da testimonio de esta dimensión comunitaria del apostolado de los frailes: “Cada sector de la parroquia tiene su proyecto (vivero, granja de cerdos, pozos...) y todo esto forma parte como la alfabetización de la dinámica de la parroquia.” (Carta de fray Jean-Jacques Pérennès au frère Eugène Colin. 1989. Archivos del Vicariato de Haití).

La faceta cultural también estaba presente con el teatro y la música en la pastoral de los frailes que han hecho lo posible para evitar dar una imagen de “cura-patrón”, fuente de fondos o de “sacerdote-empleador” providencia. Ingenieros y enfermeras han contribuido a la promoción integral de la persona haitiana durante sus diferentes estancias en las parroquias de los frailes y de las hermanas.

El alojamiento era y sigue siendo un problema importante en Haití. En las pequeñas casas de tierra firme con dos minúsculas habitaciones

y una sola apertura vivían habitualmente ocho o diez personas, sin letrinas ni agua potable ni electricidad.

La generosidad y la envergadura de los proyectos atrajeron dificultades como la corrupción. El lema “un solo corazón y una sola caja” no es fácil de aplicar. La concupiscencia amenaza la buena voluntad. La ingenuidad es lo contrario del realismo teologal del Evangelio.

Fray Henri Burin des Rosiers señala el peligro de los grandes proyectos financieros cuando visita a Haití en 1990:

Les he dicho que el equipo necesitaba más coordinación y articulación. Cada uno trabaja independientemente de los otros, en su rincón (...). He insistido en el problema de dinero. Si hago la cuenta de la suma de los proyectos y de los presupuestos (...) llego a un millón de dólares americanos por año. Hay una gran cantidad de salarios y tendencia a remunerar todo y generosamente. (...) El resultado nos lleva a una impresión de burocracia y de espíritu de funcionario, sin mucha motivación, con poca iniciativa, sin creatividad ni gratuidad. Trabajan, a menudo no mucho, me parece, para lo que están pagados. (...) Temo que todo esto divida a las personas y a las comunidades en vez de unir las, creando envidias y sospechas. (Carta de fray Henri Burin des Rosiers à Xavier, desde Panamá, el 16 de septiembre 1990. Archivos del Vicariato de Haití)

Los frailes y las hermanas están también comprometidos con las comisiones de “Justicia y Paz” que sostiene el obispo Mgr Emmanuel Constant. Hay que mencionar los episodios dolorosos vividos por la Familia dominicana durante la dictadura.

Los laicos cristianos fueron detenidos y golpeados. Sor Clemencia Ascaño Núñez, dominica, de la congregación de la Presentación de Tours, de nacionalidad venezolana, fue arrestada sin haber cometido delito alguno, sin pruebas ni orden judicial, del día 27 de abril al 1ero de mayo 1992. Su testimonio nos hace comprender el estado de la justicia y de las cárceles en Haití:

Lunes 27 de abril 1992, un autobús que efectúa el trayecto regular de Santo Domingo a Puerto Príncipe ha sido objeto de registros a

las cinco de la tarde en el puesto fronterizo de Malpassé. El ejército haitiano ha encontrado tres cajas de calendarios con la foto de Aristide depositados sin precaución en la parte delantera del autobús, sin dirección ni nadie que conozca su contenido. De repente los 18 viajeros son llevados a las seis de la tarde a una habitación-celda de prisión con camas sin colchón. Las letrinas están tan sucias que las personas detenidas prefieren utilizar sacos de plástico y comen poco para no tener que ir al WC. Muchas ratas. Mgr Emmanuel Constant y Mgr Lafontan han podido efectuar una visita al penitenciario nacional. Nuestro abogado no ha obtenido el permiso para defendernos, incluso recibió amenazas. No hay juicio. En los tribunales se le impide a la persona hablar, solo hay por parte de ellos insultos, amenazas y presiones de todo tipo. Pasamos por varios centros de detención, por eso puedo decir que en la mayoría de ellos se duerme sobre frío pavimento, con toda clase de insectos y animales roedores; algunas celdas son comunes para mujeres y hombres, donde son depositados después de ser salvajemente golpeados. En otras, se pasan días enteros sin ver el sol, nosotras tuvimos ahí la suerte de estar en el patio bajo el sol, buscando una sombrita para resguardarnos. Algunos días no había comida, ni bebida y cuando la había era poca y mal preparada. En la mayoría de las prisiones no hay sanitarios, los pocos que hay son totalmente antihigiénicos y sin puertas. A muchos prisioneros no se les permite ver a su familia. (Informe sobre el arresto de sor Clemencia Ascaño. Archivos del Vicariato de Haití)

El 7 de junio de 1992, fray Gilles Danroc sufrió un arresto de corta duración. Esposado, sin orden judicial ni de registro, sufrió al ver el tratamiento infligido a los laicos. Siete de ellos fueron apaleados brutalmente, entre ellos una mujer embarazada.

Durante todo ese tiempo, varios haitianos llamaron a la puerta de la provincia de Toulouse. Fray Jean-Baptiste Rochenel entró en el noviciado en Toulouse en 1987. Desgraciadamente, fray Paul-Antoine Bien-Aimé dejará a la Orden en 1990. Ha sido ministro de educación y del Interior en Haití.

En 1990, Roc Blanchard entró en el noviciado de Toulouse. En 1993, cuatro novicios fueron acogidos en el convento de Marsella. Solo seguir en la Orden fray Jean-Robert Saint-Preux. En 1994, dos novicios haitianos, Jacques Jean y Henri Gédeon, abandonan el hábito.

En los archivos del Vicariato se encuentran pocas informaciones sobre el vodou. Para comprender la relación entre el cristianismo y el vodou se puede leer con interés el artículo del padre salesiano Maurice Elder Hyppolite (*Pour une approche philosophique de la notion du divin dans la culture haïtienne*, revue “Moun”, année V, n°10, mayo 2009. Institut philosophique Saint François de Sales, Haití, pp. 5-106). Los frailes franceses y haitianos han reflexionado sobre el vudú pero sin dejar escritos. En su estudio, fray Eugène Colin señala “la situación esquizofrénica” de una población masivamente católica y en gran parte vudú. El anuario pontificio de 1987 daba la cifra de 5.309.900 católicos para una población de 6.876.232 habitantes en Haití. Fray Henri Burin des Rosiers manifestó su sorpresa al ver en Verretes una liturgia rígida en comparación con la expresión libre y feliz en la fiestas culturales hasta punto que habla de “esquizofrenia” (Carta de Henri Burin des Rosiers a Xavier. 1990).

El trabajo exigido por la parroquia de Verretes es demasiado pesado para las fuerzas de los frailes que deciden en 1993 cambiar de lugar. Escogen Pierre-Payen en una zona rural cuya población proviene de otras regiones lo que provocará una falta de arraigo.

Los frailes deseaban desarrollar la dimensión comunitaria, el estudio, la enseñanza de la teología en el CIFOR (Centro Inter-institutos Formación Religiosa) en Puerto Príncipe, la predicación de retiros y la formación de las vocaciones dominicanas (Informe de fray Gilles Danroc a la provincia de Toulouse, 1995).

La parroquia de Pierre-Payen, Pétion-Ville y Puits-Blain (Port-au-Prince)

En 1995, la casa de San Martín de Porres es transferida a Pierre-Payen en la misma diócesis de Gonaïves con cinco frailes: Pierre-Étienne Salvetti, Frantz Grandoit, Gilles Danroc, Régis Bron y Jean-Baptiste Rochenel.

Se encargarán de las capillas de la parroquia y administrarán la escuela parroquial con las hermanas dominicas.

En 2001, una nueva casa será fundada en Pétion-Ville (Puerto Príncipe) con el proyecto de instalar una casa de formación para las vocaciones. Esta experiencia conocerá un tiempo de pausa en 2005 con la idea de instalar el convento en otro barrio, Peggy-Ville (Puerto Príncipe), como respuesta a la promesa de donación del terreno por la familia propietaria de origen libanés. Esta donación no vio nunca la luz a pesar de muchos esfuerzos y gastos realizados por los frailes: planes de arquitecto siguiendo las exigencias de la familia, celebraciones de misas en la capilla de la propiedad durante un año...

En 1995, fray Ernest Charlot hizo su noviciado en Marsella. En 1996, fray Jorel François entró en el noviciado de México mientras fray Jacques Jean lo hacía en la República Dominicana, ambos para la provincia de Toulouse. En ese mismo año, fray Bertrand Colas es destinado a Haití y fray Gilles Danroc vuelve a Francia tras haber servido y amado al pueblo haitiano. En 1999, fray Jean-Max Hugues llega a Haití como vicario provincial al tener abandonar Cuzco por razones de salud. En 2000, fray Charles Junior Moïse hace su noviciado en Santo Domingo. En 2001, fray Daniel Gilbert es asignado a la casa de Pétion-Ville y fray Jean-Weber Eugène vive su noviciado en la República Dominicana. En 2002, fray Hervé Ponsot es enviado a Haití y fray Willy-Dominique Lamothe entra en el noviciado de la República Dominicana. En 2003, varios postulantes entran en el noviciado de Pétion-Ville sin perseverar. De 2003 a 2007, fray Jorel François enseña en la Escuela normal superior en el CIFOR y participa en la pastoral de Pierre-Payen.

En 2004 los frailes Henry Donneaud, Emmanuel Perrier y Olivier de Saint-Martin son enviados a la casa de Pétion-Ville. En ese mismo año, fray Albert-Diempéclo Benjamin hace su noviciado en Pierre-Payen. En 2005, la casa de Pétion-Ville deja de funcionar, en pausa. Otros frailes ha pasado por Haití por poco tiempo: Nicolas-Bernard Virlet, Hervé Ponsot y Pierre Veiller.

En el mes de octubre 2008, un nuevo equipo de re-fundación es enviado en Haití con la intención de construir un convento en el terreno prometido por una familia de origen libanés en Puerto Príncipe: Ignace

Berthot, Willy-Dominique Lamothe, Manuel Rivero, Yves-Henri Rivière y Charles Junior Moïse.

Un ataque a mano armada en Pierre-Payen empuja a dos frailes a instalarse en Saint-Marc: fray Jean-Weber Eugène y Louis-Marie Bambou que pertenece al Vicariato de la República del Congo. Desde Saint-Marc continuarán a ocuparse de la parroquia de Pierre-Payen.

El nuevo equipo es acogido por las hermanas de Saint-Joseph de Cluny en la calle Lalue de Puerto Príncipe de manera provisional en la casa provincial, situada en el terreno del Colegio Santa Rosa de Lima (Puerto Príncipe). En realidad, por razones diversas (ausencia de donación del terreno prometido, terremoto), la estancia prevista inicialmente por tres meses durará tres años hasta la instalación en Puits-Blain.

Fray Jean-Max Hugues, vicario provincial, falleció en el mes de noviembre 2008 y fray Manuel Rivero le sucedió en el cargo. En julio 2009, fray Yves-Henri Rivière tuvo que renunciar a la misión en Haití para ser tratado en Francia. Fray Willy-Dominique Lamothe fue enviado a Canadá para proseguir sus estudios complementarios.

La casa de Saint-Marc que vivía en un piso alquilado fue cerrada por falta de frailes. Fray Louis-Marie Bambou regresó al Congo a petición de su superior. Fray Jean-Weber Eugène integró la casa de Puerto Príncipe en el colegio Santa Rosa de Lima de las monjas de Cluny y se desplazó durante cierto tiempo a Pierre-Payen a la espera de que el obispo de Gonaïves encontrase otra solución.

En el mes de enero de 2010, fray Ignace Berthot fue asignado al convento de Burdeos

El 12 de enero 2010 un gran seísmo destruyó Puerto Príncipe y sus alrededores. La casa que había sido alquilada en el barrio de Pacot se agrietó y hubo que abandonar el proyecto de instalarse como estaba previsto. La comunidad se quedó en el colegio de Santa Rosa de Lima aunque continuaron buscando un terreno y una casa.

El anexo “Vivir y creer después del terremoto del 12 de enero 2010” describe la catástrofe y sus consecuencias.

En el mes de octubre 2010, cuatro frailes vivían en el edificio de la hostelería del colegio de Santa Rosa de Lima: Jean-Weber Eugène, superior de la casa Santo Domingo; Ernest Charlot, síndico, y Charles Junior Moïse; fray Manuel Rivero, vicario provincial.

Los frailes Jacques Jean y Jean Baptiste Rochenel obtuvieron el estatuto de extra conventum. Fray Frantz Grandoit sigue asignado al convento de Burdeos aunque viva en Puerto Príncipe. Fray Jean-Robert Saint-Preux depende del obispo local según su estatuto de excludado. Hay once frailes haitianos sacerdotes en la provincia de Toulouse, tres de ellos en estudios complementarios en Canadá: Jorel François, Willy-Dominique Lamothe y Albert-Diempléco Benjamin.

El 16 de julio de 2010, el vicario provincial, fray Manuel Rivero compró el terreno de 13.000 metros cuadrados y la casa de Puits-Blain. Los frailes Jean-Weber Eugène y Ernest Charlot han dirigido las obras importantes y necesarias para poder vivir en ese nuevo convento: muros, agua, electricidad, capilla...

El 23 de mayo 2013, la casa Santo Domingo de Puits-Blain (Puerto Príncipe) fue erigida en convento. Fray Albert-Diempléco Benjamin fue elegido su primer prior el 17 de junio 2013. (Este convento acoge hoy a postulantes y novicios para la provincia de Toulouse).

Los frailes enseñan la teología y se ocupan de la catequesis de jóvenes. También predicán en las Antillas: Guadalupe, Martinica y Guyana.

En comunión con las otras ramas de la Familia dominicana (hermanas de la Congregación de Tours, de Fátima, Instituto Secular de Orléans, Movimiento de la Juventud Dominicana...), los frailes anuncian el Evangelio, solidarios con su pueblo que sufre.

Anexos

Anexo 1

Nuestro viaje

Salida

El 21 de octubre pasado, el equipo de seis religiosos designados por el reciente capítulo de la Provincia de Toulouse para la nueva misión

en Guadalupe embarcó en el puerto de El Havre (Francia), a bordo del transatlántico “Antilles” con destino a Pointe-à-Pitre. Somos cuatro padres y dos hermanos: los padres Vincent de Paul Perret, Raphaël Sineux, Charles Perret y Bernard Autran; los hermanos François Le Roux y Jean-Marie Pocrain.

Travesía

Nuestro muy reverendo padre provincial tuvo la bondad de acompañarnos a bordo y de asistir a nuestra partida. Tras 24 horas de marejada, nuestra travesía se desarrolló de manera ideal. La Providencia nos colmó de detalles: en el barco estaba presente el médico de la Transat, un gran amigo de St-Maximin, el doctor Richard, compatriota y antiguo camarada de clase en Pont-l’Abbé, de fray François Le Roux. ¿Cómo no podría estar atento con nosotros? Encontramos en cada una de la dos escalas —Vigo, en España y San Juan de Puerto-Rico—, de un terciario dominico que parecía esperarnos al final de la pasarela para convertirse inmediatamente en nuestro ángel conductor, sin citar a “Rafael”, compañero permanente del equipo, festejado como se debe el 24 de octubre.

Vigo: en Vigo, el ángel terciario fue el médico del puerto, padre de un joven estudiante dominico de Salamanca que no se contentó con escoltarnos en esa ciudad tan pintoresca; sino que nos reveló los tesoros insospechados del arte religioso, introduciéndonos en los apartamentos de los hermanos Hernández, escultores de piedras preciosas con esmaltes y camafeos. Hemos admirado sus finas y puras obras de arte.

Puerto Rico

Puerto Rico, gran isla de las Antillas en donde el estilo de Estados Unidos se armoniza con la antigua civilización española y con el encanto criollo. San Juan, ciudad de 500.000 almas tiene la pretensión de contar con más coches que habitantes. ¡Marsella no tiene el monopolio de la exageración! Deseamos hacer una visita a nuestros padres holandeses que viven en el barrio obrero de Cataño pero no encontramos taxi. Gracias a Dios, el “terciario de servicio” intervino: no dudó un instante en pedir por teléfono un coche y nos instaló en el vehículo. En el momento de cerrar la puerta se pilló los dedos y con la

mano ensangrentada dio un billete para pagar el recorrido dejándonos al mismo tiempo con el grito: “muchísimas gracias”. ¡Amabilidad heroica, cruel insuficiencia de algunas gracias! ¡Que el Señor venga a suplir en esos casos!

Acogida muy fraterna en casa de nuestros padres. Descubrimiento de su magnífica misión en esta isla en donde acaban de celebrar cincuenta años de existencia. Tienen ocho misiones y treinta y cinco religiosos. El R. P. Angel Eikemboom, cura de una parroquia de 3000 almas, nos recibió con los brazos abiertos. Después encontramos al R.P. Miguel Holtman, vicario provincial de Porto-Rico, que ejerció hace unos años su apostolado en Guadalupe e incluso en la parte francesa de la isla St-Martín. Saludamos a los R.R.P.P. Martin Berntsen, director desde 1926 del semanal apologético “El piloto”, animador de círculos de estudiantes de la Universidad de San Juan, y Augustin Dunnevik, que predica cuatro veces por semana en la R.T.V. de Porto-Rico.

Nuestros Padres nos llevaron a visitar su última capilla prevista para casos de necesidad, dedicada al bienaventurado Martín de Porres, particularmente popular en esos parajes. El edificio de estilo “tropical”, paredes con claraboyas, decoradas con plantas enredaderas, líneas sencillas que convergen hacia el altar, que domina un gran Cristo crucificado, obra conmovedora de P. Macolino; acto seguido, paseo rápido a través de las calles de San Juan, guiados por nuestros Padres, chóferes meritorios que nos llevan a bordo del “Ecce quam bonum”.

Nuestra llegada

Pointe-à-Pitre: domingo 29 de octubre, apenas acabadas nuestras misas matinales, atracamos en los muelles de Pointe-à-Pitre. Antes de concluir las formalidades de desembarque, una delegación de la ciudad del Moule, es decir, del territorio de 20.000 almas que se nos ha confiado, tienen la delicadeza de subir a bordo para salir a nuestro encuentro. Está el Señor alcalde, su esposa, y uno de sus adjuntos. Pero también está Monseñor Gay, obispo de Guadalupe, que he dejado especialmente Basse-Terre, desde el alba, para desearnos la bienvenida. Está acompañado por las chicas de la Ayuda Femenina de Guadalupe, vestidas con sus brillantes vestidos criollos: nos ofrecen un ramillete exótico. Felicitaciones recíprocas con palabras surgidas directamente

del corazón. Alboroto en la aduana; luego, todavía con las maletas, reunión con el personal en el presbiterio de la gran iglesia en donde los Padres del Espíritu Santo nos ofrecen al mediodía una hospitalidad muy cordial. Pero antes de esto, recepción y espectáculo popular, con cantos de acogida, en la sede de la Ayuda. A mitad de la tarde, un camión y dos coches nos llevan al Moule.

Le Moule

Desde las 17:00, monseñor, el obispo y el muy reverendo padre Girard, vicario general, se unen a nosotros. La banda de música de la Unión Deportiva del Moule precede al cortejo. La muchedumbre llena la iglesia en donde comienza la ceremonia de acogida de los misioneros y la instalación del nuevo cura-decano: *¡Veni Creator!* Discursos sucesivos del padre Lacroix, cura joven provisional que nos ha precedido con gran mérito; discurso del muy reverendo Girard, que explica con detalles la ceremonia; del reverendo Padre Sineux, el nuevo pastor, que ofrece a sus nuevos hijos todo su corazón de padre; discurso del R.P. Vincent de Paul Perret, superior de la misión, que presenta al equipo, y explica nuestra voluntad de servir; discurso de Mgr Gay, que expresa públicamente su alegría al ver realizado un sueño confiado a Cristo-Rey, cuya fiesta se celebra ese día, realización de todas las esperanzas de progreso del Reino de Dios en las almas.

Ecos de la prensa

La prensa local subraya el acontecimiento. “Clartés”, el semanal católico de la Guadalupe, redactaba así sus titulares a nuestra llegada: “Tras 150 años los padres dominicos vuelven a Guadalupe”; “Los hijos de santo Domingo han recibido el domingo un acogida entusiasta”.

“L’Etincelle”, hoja comunista de la isla nos da sobresaltos y penas: “¿Qué viene a hacer Torquemada en el Moule?” ¡El que viva, verá!

Por el momento, tenemos otras cosas que hacer antes que ocuparnos de comentar a la prensa.

Primeros contactos

Vigilia de Todos los Santos: el día se ha pasado en el confesionario. Todos los Santos: comuniones innumerables que dan ánimo para

seguir la misión. Tomamos contacto con los diferentes grupos parroquiales: coros, hombres del Santísimo Sacramento, Hijos de María, *Scouts* (el jefe Polypheme es un antiguo miembro de Chamarade), Almas Valientes... Por la tarde, en el cementerio, sobre las tumbas iluminadas, el cura párroco conmueve a los corazones e inaugura las predicaciones de la Octava de los difuntos. En adelante, todas las tardes a las 18:00, tendremos: rosario, completas cantadas, procesión de la “Salve”, etc.

Tuvimos el consuelo de ver que, una vez acabadas las predicaciones, la participación cotidiana no solamente se mantenían sino que crecían: cada tarde entre 300 y 4000 fieles. Hemos iniciado a los fieles en la liturgia dominicana entre el rosario y las completas con breves repeticiones gracias a la competencia de un fervoroso del C.P.L. por el padre Autran. A la espera de poder cantar de forma alternada los “Salmos”, alternamos la Salve y el “O Lumen” con este querido pueblo antillano que tiene probablemente oído musical pero sobre todo un corazón sediento de Dios.

Hemos empezado a iniciar a nuestro rebaño en nuestra vida pero hemos comenzado sobre todo a iniciarnos en la suya y a practicar la vida parroquial en el trópico. Reconocemos que estamos todavía “en rodaje” y cada día descubrimos nuestro nuevo mundo.

Nuestra parroquia. Resumen histórico

El Moule data del 1667. Su modesto puerto actual, puerto de pesca en el océano, precedió a Pointe-à-Pitre en sus relaciones con Europa. La ciudad guarda su antigua divisa: “*Mens agitat molem*”, divisa que se puede verificar de varios modos. ¿Los agitadores comunistas no hicieron de esta ciudad en los últimos años uno de sus baluartes? ¿No nos toca ser aquí los agentes de un espíritu diferente, el espíritu de verdad y de amor capaz de trabajar de manera distinta y mejor que con el error y el odio?

Resumen demográfico

El municipio tiene 20.000 habitantes. Después de Point-à-Pitre (75.000) y de Basse-Terre (11.000), la aglomeración del Moule es la más densa de la costa, con todo un abanico de aldeas esparcidas a través

de las sabanas y de los campos de caña de azúcar en un radio de 12 kms. La más alejada de estos campos es Grands-Fonds du Moule, zona baja situada a 14 kms, que tiene más de 3.000 almas.

Resumen etnográfico

Hay 13.000 negros y mulatos, 7.000 indios (de la India), varios cientos de blancos, entre los cuales quedan varias familias supervivientes de las antiguas familias francesas, criollos, de antes de la Revolución. Hay que recordar que la Convención causó la muerte de 6.000 blancos originarios de Martinica, empresarios, sirios, especialistas del comercio universal, algunas familias italianas y por fin metropolitanas: policía, fuerzas de intervención, clero.

Resumen económico

La población trabaja esencialmente en el sector agrícola y sobre todo en el cultivo de la caña de azúcar. En cuanto a la ganadería: bueyes cebú que servían para el transporte de la caña en donde los camiones no les habían remplazado. Avanzan al trote alegremente por los caminos a un ritmo que desconcierta nuestra mirada acostumbrada a los tranquilos carros de bueyes. Cerdos negros flacos, circulando o durmiendo en la naturaleza, etc.

Una gran empresa, Gardel, la segunda fabricante de azúcar en la Guadalupe, emplea unos 2.000 obreros, la mayoría agrícolas. Esta empresa no posee instalaciones modernas y gracias a Dios busca el progreso social. En el pueblo, pescadores, comerciantes, artesanos, sobre todo, ebanistas, que trabajan muy bien la madera de Francia y de las islas; empresas de transporte por automóvil, el tráfico de viajeros y de mercancías, que se hace por carretera en carros de diversas dimensiones y exhiben en su parte delantera divisas que les enorgullecen.

Administración

Los funcionarios son más numerosos que los maestros y maestras (unos cincuenta). Entre ellos hay elementos de la acción católica, de la acción laica, comunista, adventista.

Religioso

Tenemos dos parroquias: el Moule y una iglesia anexa, Nuestra-Señora de Fátima, de la que se ocupa el Padre Autran y a la que visita todos los jueves y domingos con su viejo jeep, que rinde al máximo a través de los barrizales de la Grande-Terre.

Nuestra vida cotidiana

Misas: a las 5:00 de la mañana: *Angelus*. Celebramos nuestras misas entre las 5:30 y las 7:30. La misa de las 5:30 es la más frecuentada. Todas las mañanas somos dos los que damos la Santa Comunión. Varias veces por semana: misas cantadas, a veces con canto de apertura del oficio litúrgico y de un Nocturno del Oficio de los muertos, melodías que descubrimos. Confesiones, entre las 5:30 y las 7:00. Nos queda mucho por hacer hasta llegar a comprender correctamente la lengua criolla.

Despacho

De las 8:00 a la 11:00, despacho, con desfile en el presbiterio de todo un pueblo que hace cola a causa de la influencia de la religión en la vida familiar. Formalidades de preparación al bautizo, instrucción religiosa, bodas, entierros, intenciones de misa y visitas a los enfermos. Solamente los bautizos y nada más que para el Moule, la parroquia ha superado en el año, en estos comienzos de diciembre, 500 bautismos, de los cuales 302 eran legítimos, lo que es una proporción honorable. Todo esto supone un manejo de registros a lo que no estábamos acostumbrados. Sin citar todos los papeles que existen en la metrópolis, como las tarjetas del denario del culto y los certificados de patrocinio que son necesarios aquí, en función del gran número de concubinatos. Todo esto nos ata pero al mismo tiempo da lugar a contactos preciosos que no hubiéramos conocido si hubiésemos comenzado siendo predicadores itinerantes. En esos momentos podemos detectar mejor a los concubinos, entablar conversaciones y preparar la regulación.

Catecismo

11:00 catecismo. Con la iglesia de Fátima tenemos 1700 niños en el catecismo, que se reparten en cuatro años, dos horas por semana para

cada categoría. Un curso preparatorio a la Comunión privada, tres años preparatorios a la “renuncia” como le llaman aquí a la “Comunión solemne”.

En resumen, niños de 7 a 11 años. Cada uno de nosotros enseñamos el catecismo tres o cuatro veces por semana. No es nada fácil enseñar a 100, 150 niños, sobre todo cuando se trata de poner orden en tres cuartos de hora a ese grupo amable pero ruidoso, la necesidad de pasar lista, la explicación, el canto y la disciplina. Nuestros queridos frailes cooperadores, François y Jean-Marie, además de sus trabajos manuales, nos ayudan en las ceremonias y en la catequesis. También necesitamos catequistas ya que estamos desbordados en esa actividad.

Visitas

Por la tarde, visitas a los enfermos y bendición de las casas, etc. Los jueves y los domingos, reuniones con los grupos de jóvenes. Nos hemos comenzado todavía la visita pastoral de las casas por barrios, estamos muy ocupados en la iglesia, el presbiterio, en el salón parroquial; sin embargo, vamos a menudo a ver a los enfermos que nos llaman y descubrimos muchos sufrimientos por falta de higiene, de asistencia social y peligros morales. La gente nos acoge en todos los sitios con mucho respeto y confianza. Este pueblo sabe prepararse y preparar a los suyos a morir, lo que nos impresiona favorablemente. En la mayoría de los casos, cuando se nos llama todo está preparado: velas, agua bendita, algodón y limón en un plato. Aquí la unción de los enfermos no da miedo sino que es deseada y el miedo de dar miedo no existe prácticamente.

Entierros: 16:30, hora de los entierros; tenemos varios por semana, a veces dos el mismo día. Los entierros de niños, frecuentes, por falta de higiene infantil, provocan cortejos conmovedores de niños y niñas vestidos de blanco, llevando ramos; se acompañan de las vísperas del Oficio de la Vírgenes en vez de las vísperas de los difuntos.

Películas

El padre Autran ya ha dado en el Moule o en las salas de las fábricas y de los extrarradios sesiones cinematográficas muy apreciadas, en particular un film sobre la India: la conversión y la vocación religiosa

de una chica de Brahme, tema que ha encantado naturalmente a nuestros indios. A las seis de la tarde, suena la oración de la tarde de la que ya hemos hablado.

Veladas

Durante las cuatro semanas del Adviento, predicamos cada tarde; cada uno de nosotros se ocupa de una semana de predicación. Cuando dejamos la iglesia, ya ha caído la noche; en efecto, la noche cae de repente sin crepúsculo poco antes de la seis. Noche tropical, constelaciones antiguas y nuevas para nosotros. Descubrimos aquí como en Francia la “T” de santa Teresa del Niño Jesús. Y nos alegramos al ver la Patrona de las Misiones inscrita en nuestro cielo. Canción de cuna de “reinetas” de las Antillas, llamas intermitentes de luciérnagas que revolotean a través de los hibiscos. Cena, esparcimiento fraterno, maîtres en el santuario, acompañados por el runrún de los ventiladores que hemos encontrado aquí. Todo duerme, menos los perros vagabundos, que ignoran el gran silencio. Así es nuestra vida dominicana en el Moule.

Nuestras pequeñas dificultades

Evidentemente, al llegar aquí, hemos tenido nuestras pequeñas cruces, lo que es normal, y forma parte de la vida de un misionero. “Irse, es morir un poco”. Hay que arrancarse de la propia tierra, trasplantarse, aclimatarse. Al comienzo, el calor era terrible, luego llegaron los vientos alisios y entramos en un periodo que, durante dos meses, va a permitirnos pensar en la Costa Azul. Hemos tenido que alojarnos seis personas en este presbiterio construido para tres, pero la municipalidad está haciendo trabajos de ampliación que nos acarrearán ruidosos golpes, pero que nos obtendrán pronto una celda para cada uno. Nuestras finanzas han empezado de cero. La población del Moule es pobre pero buena y hemos podido equilibrar el presupuesto del primer mes.

Nuestros apoyos

Donativos: hemos recibido donativos generosos. Monseñor nos ha ofrecido un coche Citroën dos caballos. La ayuda femenina, un frigorífico y también hemos recibido un cheque de 10.000 francos. ¿Adivinen

de quién? De nuestras queridas hermanas dominicas de Etrepagny, domiciliadas en la isla de la Desirade, nuestras primeras vecinas a 50 kms de la costa. Llevan la leprosería de esta isla entristecida. Son pobres como Job pero tan felices al ver a los frailes de Santo Domingo cerca de ellas que nos han manifestado su largueza, digna de figurar en el palmarés de la fraternidad dominicana.

Nuestra Señora de Guadalupe

Al final y sobre todo, aquí como en Caná, Nuestra Señora interviene para hacer frente a nuestras necesidades. No puede estar ausente de las razones de la vuelta de “su Orden” a “su isla”. Decimos su isla. La Reina del universo está aquí especialmente en su casa. Hemos llegado justo para celebrar el 4 de noviembre la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe. Es también el aniversario de su descubrimiento por Cristóbal Colón en 1493 y de la denominación de Karukera, “isla verde”, por los indios caraíbes. Durante una terrible tempestad en el primer viaje del descubrimiento de América, el intrépido explorador hizo la promesa de que, si salía vivo, dar el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe (venerada en el santuario de Extremadura) a la primera isla importante que descubriese. La promesa fue cumplida. Decir Guadalupe es decir sin lugar a dudas “Tierra”, y todavía más “Tierra expresamente mariana”.

Nuestro pasado dominicano

Estando en casa de María, ya estamos en nuestra casa. Pero hay todavía más. La Guadalupe es históricamente tierra dominicana. Los Padres dominicos españoles fueron los primeros en traer aquí la Cruz de Cristo. En 1603, siete de ellos murieron a manos de los caníbales caraíbes que los comieron. A partir de 1635, fue fundada y organizada la primera misión francesa de las “Islas” al servicio de la evangelización. Cuatro Padres del convento de Saint-Jacques de París, implantaron la vida cristiana y dominicana en Guadalupe. Las parroquias erigidas llevaban estos nombres: Nuestra Señora del Rosario, en Basse-Terre; San Jacinto, en Capesterre; Santo Domingo, en Baillif; Santa Rosa, en donde florece hoy la ciudad de Santa Rosa con 10.000 habitantes. Tenemos que citar al Padre Labat y a su libro “El viaje a las

islas de América”, cuya simpática fisonomía ha quedado grabada en todas las memorias, escritor con relatos de aventuras agradables y que son una mina para el conocimiento de la historia local, primer técnico de la agricultura y de la industria en las Antillas, sin olvidar su dimensión religiosa al menos de “hombre honrado” y que merece más que ser llamado simplemente “vividor” como lo ha hecho su último editor.

Dejemos aquí a monseñor Gay el cargo de resumirnos en su artículo del 29 de octubre último en la revista “Clartés” el pasado de la Francia dominicana de Guadalupe: “Los primeros padres dominicos venían del convento de Saint-Jacques de Paris. Este celebre convento ha dado su nombre a los religiosos de la Orden, llamados monjes blancos, los padres blancos. Desde los comienzos del siglo XVIII los Padres de la Provincia de Toulouse han dado misioneros para las “Islas”. El padre Boyssière, provincial de Toulouse, escribía en 1719: “Hay en este momento 24 misioneros de nuestra Provincia en las tres misiones (Guadalupe, Martinica, Santo Domingo). Nuestra provincia proporciona casi todos de ellos.”

Tolosano

“El provincial de Toulouse ejercía una verdadera jurisdicción en todas la Misiones dominicanas de las “Islas” francesas. Esos religiosos que provenían a veces de otras provincias y estaban agrupados en dos congregaciones. La Congregación del Santo Nombre de Jesús y la del Santo Rosario, vinculadas a la Provincia de Toulouse en 1718. Los misioneros dominicos se llamaban “Peregrinantes propter Christum”, “Peregrinos al servicio de Cristo”. Entre los dominicos más conocidos podemos citar a los Padres du Terere, Rabat, Breton, escritores de gran notoriedad, el Padre Armand de la Paix, superior de los dominicos, que murió como la gran parte de los misioneros, sirviendo a los enfermos durante la epidemia en 1648. Dos padres han sido venerados por su virtud: el P. Pierre-Paul, superior de la Masones, que después de una larga estancia en las “Islas” murió en Francia en olor de santidad, y el padre Martel, verdadero Pedro Claver, especialmente consagrado al servicio de los esclavos, a los que visitaba cada día antes de celebrar la misa.”

Nuestra tarea

Estamos por consiguiente en una tierra regada por la sangre y el sudor de nuestros hermanos. Nos toca no traicionar el pasado, el presente ni el futuro de nuestra Orden, ya que seremos llamados sin duda un día a irradiar en las Antillas y en América central. Por el momento, nuestra tarea es humilde, austera, voluntariamente circunscrita y modesta.

En el Moule, nos hundimos. Solamente saldremos por la fuerza de otras llamadas provenientes del interior o de alta mar...

Nuestra llamada

A los lectores de "France dominicaine", a todas las almas queridas que hemos dejado en el continente, a todos nuestros hermanos y hermanas de la gran Familia dominicana, les lanzamos no un SOS sino más bien una señal de nuestra misión que arranca. No dudamos en solicitar su generosidad en todos los terrenos, para hacer resonar en los oídos de los que quieran oír la llamada de la ruta de las "Islas" de América, llamada de las Antillas de hoy, de estas queridas Antillas que en tiempos pasados han recibido tanto de Francia y de la Orden y que necesitan hoy como ayer, aquí, como en las ciudades universitarias de la metrópoli, no un producto adulterado de una Francia descristianizada sino un suplemento de alma de una auténtica caridad de la verdad, en una demostración vivida en el amor. Puesto que el amor mutuo será siempre el signo característico de toda vida cristiana, de toda vida dominicana, tenemos que revelar a Jesús y a Santo Domingo ayudándonos mutuamente y cada vez más. Gracias por anticipado a todos nuestros hermanos y hermanas de Francia.

Para el equipo misionero dominicano en Guadalupe. R.P. Charles Perret, O.P.

Anexo 2

"Vivir y creer en Haití después del terremoto del 12 de enero 2010"
Puerto Príncipe, 29 de mayo 2011. Fray Manuel Rivero, O.P.

El 12 de enero 2010, a las 16:53 hora local, un sismo de magnitud 7,3 golpeó brutalmente a Haití y en particular a su capital, Puerto Príncipe, lugar de mi residencia en el centro de la ciudad, rue Lalue, en donde se encuentra el colegio Santa Rosa de Lima de las religiosas de San José de Cluny.

El sol brillaba alegremente en esa tarde cuando, de repente, la tierra se puso a revolver sus entrañas dando vuelta a todo lo que el hombre había construido con gran esfuerzo: casas, clínicas, escuelas, facultades, iglesias, bancos, cuarteles, supermercados...

El Palacio Nacional y la Catedral, símbolos de la identidad haitiana, se hundieron. Treinta segundos después, una gran polvareda se elevó hacia el cielo en silencio. Parecía que el tiempo se había parado. Silencio seguido de gritos de dolor.

Los cadáveres de adultos y de niños yacían por el suelo. Heridos con la cara desfigurada y cubiertos de sangre pedían ayuda. En los escombros, miles y miles de personas que nadie pudo contar luchaban entre la vida y la muerte. La capital haitiana entró en la noche y en el caos.

En las calles, brazos y piernas aparecían esparcidos entre las ruinas. Los supervivientes caminaban temblando si saber si sus familias y sus casas habían desaparecido. Digicel, la principal compañía telefónica dejó de funcionar.

Las casas habían sido construidas en cemento armado pensando en los ciclones. Desgraciadamente, el cemento aplastó a las familias que las habitaban.

La tierra siguió temblando decenas y decenas de veces acabando de derribar las casas que aún se conservaban en pie. Poco a poco, un olor fétido de putrefacción invadió los barrios y las calles. A veces, la gente, por temor a la epidemia, quemaba con petróleo los restos mortales.

Los muertos no se podían contar. Se ha hablado de 200.000 o de 300.000 víctimas. Muchos quedaron bajo los escombros de las casas sin poder sacarlos por razones económicas.

Por desgracia, a los sufrimientos físicos hubo que añadir otros males: robos, agresiones, violaciones... Tampoco hubo funerales. Una oración pública y general reunió a la multitud algún tiempo después.

Los relatos de vida

Entre las ayudas recibidas por Haití figura la colaboración de psicólogos con el fin de facilitar la expresión de la angustia y del dolor.

Los relatos de vida han sido utilizados como método susceptible de favorecer la relectura de la vida traumatizada por la pérdida de seres y de enseres.

Los relatos de vida son útiles en la catequesis y en los momentos trágicos de la existencia. En el Instituto de Pastoral de los Dominicos de Montreal (Canadá), los profesores Diane Laroche y Céline Yelle enseñan “Historias de vida y trayectoria espiritual” en torno a estas preguntas fundamentales: ¿Cuáles han sido mis experiencias fundamentales? ¿Qué cambios o rupturas se han realizado en mí? ¿Qué forma la trama de mi vida? ¿Cuáles son las raíces de mis creencias? ¿Cómo y por qué soy lo que soy? (Laroche, 2000).

Basándome en esta metodología he interrogado a más de 200 jóvenes, en su mayoría universitarios, sobre su interpretación del seísmo y sobre los cambios provocados por él en su mentalidad y en su comportamiento. Las citas entre comillas corresponden a esos relatos cuyos autores permanecen anónimos.

El terremoto ha grabado en el cuerpo los destrozos y el miedo a que se repitan. Personalmente y durante dos años cada vez que entraba en un edificio pensaba automáticamente en las salidas posibles en caso de temblor; también imaginaba las columnas de las iglesias desplomándose como durante el seísmo. Los ascensores en los pisos altos se convertían en un riesgo de muerte en caso de nuevo terremoto.

Las emociones sentidas durante la catástrofe necesitan interpretación y curación con el deseo de que se conviertan en un trampolín y no en una cárcel.

El espectáculo apocalíptico conmovió las bases de la psicología humana: cadáveres cubiertos de sangre, cuerpos amputados, sin brazos ni piernas, madres que lloraban al hijo muerto estrechado entre sus brazos, esposos que se volvían locos al descubrir al cónyuge inanimado. Niños que gemían delante de sus padres moribundos. Duelo y desolación. Miles de niños se convirtieron en huérfanos en unos minutos y sin protección alguna.

Esta angustia y este choque se veían acompañados de una gran perturbación interior que les hacía sentirse perdidos, abandonados y condenados a la desgracia y a la muerte.

En los hospitales y en las clínicas hasta los patios estaban llenos de cadáveres. Las funerarias no podían acoger a nadie más.

Las creencias haitianas populares temían que los espíritus sin paz podían merodear por las calles después de dejar sus despojos mortales.

El terremoto separó a Haití del resto del mundo sin aeropuerto y con las carreteras destrozadas y cubiertas de postes y cables. La policía, los bomberos y las fuerzas de la ONU (MINUSTHA) también habían sufrido daños considerables y muertos. Sin medios materiales ni técnicos excepto las manos impotentes de cara a las toneladas de cemento y a los gritos de las víctimas, la población estaba abatida. Quedaba la oración que subía al cielo en grupos fervorosos y atemorizados. Algunos pensaban y anunciaban el fin del mundo hasta el punto de rezar con «el buen ladrón»: «Acuérdete de mí cuando estés en el paraíso» (Lucas 23,42).

Hubo también sentimientos de cólera que hacían a Dios responsable de la catástrofe. Pero este enfado concernía sobre todo a los políticos que no habían previsto un plan de urbanización adaptado a los terremotos ni la organización social necesaria para actuar en caso de urgencia. Sin embargo, Haití había conocido en el siglo XIX terremotos terribles como el del Cap-Haitiano.

El fatalismo amenazaba los espíritus de la población hundida en la tristeza. Como los males no vienen solos, a esto hay que añadir el rumor de tsunami en la noche del 14 de enero 2010 que hizo huir a la población hacia las zonas altas de Puerto Príncipe dejando sus enseres con riesgo de robo. Gracias a Dios, la radio desmentía estos terribles rumores de marea mortal llamando a la tranquilidad y a la solidaridad.

Las causas y el eventual sentido del terremoto

El 12 de enero 2010 pasará a la historia de Haití como una gran noche de oración en las calles de Puerto Príncipe. A cada temblor de tierra, y hubo unos ochenta después del seísmo, los gritos de fe irrumpían en la capital: “¡Jesús! ¡Jesús!”. Las familias se agrupaban para defenderse de agresiones sobre todo en la noche. Algunos exhibían pistolas o cuchillos.

Rezos pero también blasfemias que hacen pensar en el Salmo 42,4: “¿Dónde está tu Dios?”. Un joven decía: “El terremoto ha cambiado todo en mi cabeza respecto a Dios. Creo, no creo, quiero creer, no quiero creer. Hoy no sé incluso si soy cristiano, ateo, creyente del vudú. No sé nada ni por dónde ando”.

Hay quien ha atribuido el seísmo al castigo de Dios por los pecados de los haitianos. Pero no es posible imaginar a Dios tratando cruelmente a los inocentes y a los niños. En el evangelio, Jesús no envía nunca la enfermedad o el sufrimiento. Al contrario, ha venido a curar a los enfermos y a salvar a los pecadores de forma no violenta, sufriendo la cruz. Los galileos ejecutados por Pilatos o las dieciocho personas muertas en el hundimiento de la torre de Siloé no eran más pecadores que los que quedaron vivos (cf. Lucas 13, 1-5).

Haití no es una tierra diabólica y maldita, como dicen algunos interpretando la catástrofe como un castigo divino.

Cada haitiano se ha sentido obligado a hacer teología para interpretar este acontecimiento trágico.

Cambios de mentalidad y de comportamiento provocados por el seísmo

Las reacciones han sido contradictorias según las personas. Unos han crecido en su fe, otros se han enfadado con Dios. Para muchos, el terremoto no ha cambiado su forma de ver a Dios.

Las grietas producidas por el seísmo han manifestado las grietas psicológicas y espirituales de los haitianos. Para algunos, ha habido un cambio de coordenadas que les ha llevado a centrarse en Dios: “Después del terremoto mi vida está mejor organizada y Dios es su base.”

La culpabilidad y el miedo a morir sin confesión han torturado a muchas conciencias: “El 12 de enero me he despertado de la somnolencia del pecado”.

La cercanía de la muerte ha hecho pensar en todo lo oculto y no dicho en la relaciones humanas así como el rechazo de morir sin haber compartido lo que se llevaba dentro : “Ahora expreso mejor mis sentimientos”; “vivo cada instante como si fuese el último de mi vida para no lamentarme de nada”; “cada mañana me despierto con ansias de vivir a tope pero con rectitud”; “vivir en vez de complicar la vida”; “no tenemos que tomar nada a la ligera”; “cultivar el amor hacia los

demás puesto que no sabemos cuándo un ser querido nos será arrancado”; “solo el amor es valioso”; “mi amor a mi familia ha crecido y me he acercado a los vecinos”; “nadie es fuerte ante la muerte”.

El terremoto eliminó muchas diferencias sociales pues puso a todos, ricos y pobres, en la calle y ante el dolor: “Antes era indiferente al sufrimiento de los miserables”; “he aprendido a amar lo que tengo.”

Un hilo separa la vida de la muerte: “Después del 12 de enero, considero mi vida como una preparación a la vida eterna”; “ahora cada día es una delicia, un paso para encontrar a Jesús que nos espera”.

Perspectivas teológicas y pastorales

El terremoto produjo cambios en la reflexión teológica, en la catequesis y en la pastoral. Heridos, los haitianos pueden convertirse en médicos de los que sufren físicamente y moralmente. Esta experiencia terrible puede hacerles crecer en humanidad, en fe y en unión con Dios.

La pastoral necesita integrar ahora una ayuda psicológica para la gente traumatizada: escucha, grupos de diálogo, terapia, relectura e interpretación de las vivencias, relatos de vida...

También hay que salir de las parroquias para ir al encuentro de los refugiados. Este trabajo de proximidad es capital.

El terremoto sacó a luz las deficiencias del sistema social y político de Haití: necesidad de un plan de urbanismo, formación urgente de un catastro, formación de la población en caso de nuevo terremoto, prevención de catástrofes...

Muchos haitianos buscan de manera renovada a Dios después del golpetazo del 12 de enero. La catequesis tiene que innovar para responder a los interrogantes de las personas heridas y en duelo. La Iglesia está llamada a proponer nuevos planes de formación y de compromiso en un momento favorable para la renovación de la fe: “Me he prometido a mí mismo cambiar pero no lo logro por falta de voluntad y de apoyo”.

La mujer representa un factor importante para el cambio social necesario. Ha sido a menudo víctima de abusos después del seísmo. La mujer haitiana desea avanzar tomando responsabilidades para cambiar mentalidades e instituciones. Es una oportunidad y un desafío para la Iglesia.

Referencias

Fuentes primarias

Archivo del Vicariato de Haití

- Carta de fray Henri Burin des Rosiers à Xavier, desde Panamá. (16 de septiembre 1990). Archivo del Vicariato de Haití.
- Carta de fray Jean-Jacques Pérennès au frère Eugène Colin. (1989). Archivo del Vicariato de Haití.
- Carta de fray Salvetti a Mgr Donze, obispo de Tarbes y Lourdes. (24 de septiembre 1970). Archivo del vicariato de Haití.
- Carta del prior provincial, fray Joseph Kopf, a Mgr Emmanuel Constant, obispo de Gonaïves. (10 de febrero 1972). Archivo del Vicariato de Haití.
- Informe de fray Gilles Danroc a la provincia de Toulouse. (16 de mayo de 1995). Archivo del Vicariato de Haití.
- Informe sobre el arresto de sor Clemencia Ascaño. (s.f). Archivo del Vicariato de Haití.

Archivo de la Diócesis de Guadalupe

- Après 150 ans, les pères Dominicains reviennent en Guadeloupe, Clartés. (29 octobre de 1955). 29(492), Archivo de la Diócesis de Guadalupe.
- Carta de fray Rande al obispo de Guadalupe, Mgr Gay. (Fechada en Toulouse el 23 de octubre 1955). Archivos de la diócesis de Guadalupe.
- Carta de Henri Burin des Rosiers a Xavier. (1990). Archivo de la diócesis de Guadalupe.
- Lettre du frère Vincent de Paul Rande à Mgr Jean Guy. Toulouse. (24 novembre 1954). Archivo de la diócesis de Guadalupe.
- Lettre du prieur provincial, le frère Vincent de Paul Rande, à Mgr Gay. (14 de diciembre de 1954). Archivo de la diócesis de Guadalupe.
- Mes anciens souvenirs de Guadeloupe, 1982.
- Mes plus anciens souvenirs de la Guadeloupe, Bayonne, 4 de noviembre 1982. Archivo diocesano de Guadalupe.

Fuentes secundarias

- 500 anos OP nas Américas. (2010). *Revista Dominicana de Teología*, (11), 48-58.
- Bellonguet, M. (1970). *Les dominicains de Toulouse et les Antilles d'après les archives de la Haute-Garonne. Mémoire présenté pour l'obtention de la maîtrise d'enseignement d'histoire, sous la direction de monsieur le professeur Yacono*. Toulouse: Doctoral dissertation.
- Campos, L. (2008). *Pedro de Córdoba, precursor de una comunidad defensora de la vida*. Santo Domingo: Ediciones MSC.
- Colin, E. (1987). *Frères et sœurs dominicains en Haïti. 1973-1985*. Puerto Príncipe: SIDR.
- Fabre, C. (1970). Dans le sillage des caravelles. *Annales de l'Église en 1675-1970. Revue française d'histoire d'outre-mer*, 64 (234), 123-124.
- Guillebaud, C. (1935). *Les étapes de la Guadeloupe religieuse*. Basse-Terre: Imprimerie catholique.
- Gutiérrez, G. (1989). *Dios y el oro en las Indias-siglo XVI*. Lima: Instituto Bartolomé de las Casas-RIMAC/CEP.
- Hanke, M. (1988). *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Madrid: Istmo.
- Jiménez, J. (1957). *Diario de poeta y mar*. Buenos Aires: Losada.
- Juan pablo II. (1980). *Homilía en Santo Domingo (25-1-1979), Mensaje a la Iglesia de Latinoamérica*. Madrid: BAC.
- Labat, J. (1742). *Nouveaux voyages aux Iles d'Amérique*. (Tomo. V). Paris: Ch. J.B. Delespine.
- Laroche, D. (2000). Témoignage. Chronique d'une intervention au Salvador en contexte de guerre. *Revue internationale de psychosociologie*. 6(14), 195-201.
- Las casas, B. (s.f). *Historia de las Indias*. República dominicana: Santo Domingo.
- Le ruzic, I-M, (1912). Documents sur la mission des Frères Prêcheurs à Saint-Domingue. Du schisme au Concordat. En *vente au séminaire St-Jacques (Finistère) et à l'Évêché de Cayes (Haïti)*. Lorient: Imprimerie le Bayon-Roger.
- Perret (V. de P). Notre mission dominicaine en Guadeloupe. Texte dactylographié rédigé par l'équipe missionnaire dominicaine de Guadeloupe. Archives du diocèse de la Guadeloupe.